

Una aproximación a la literatura militante en la lucha contra los nazis

*Observaciones desde las polémicas entabladas
entre el estalinismo y el trotskismo*

Julián Ismael Asiner

Facultad de Ciencias Sociales - UBA

julianasiner@gmail.com

Resumen

El triunfo de la Revolución de Octubre generó un cimbronazo en la clase obrera internacional, que buscó abrirse paso en Europa. Sucesivos fracasos dieron espacio al ascenso del fascismo, que logró imponerse en Italia y luego en Alemania. El presente trabajo retrata esta experiencia histórica, ineludible a la hora de abordar el siglo XX, haciendo foco en las confrontaciones en la izquierda, entre la política del estalinismo en la Internacional Comunista y las posiciones de Trotsky y la Oposición de Izquierda. Para hacer este recorrido, que irá de Alemania a la guerra civil en España, y de allí a la Segunda Guerra Mundial y a la derrota de Hitler en la URSS, la ponencia recupera las experiencias de militantes de la época, como Jan Valtin, Arthur Koestler y Leopold Trepper, así como los trabajos de escritores involucrados en estos episodios, como George Orwell y Ernest Hemingway. La crisis del proceso revolucionario iniciado en Rusia, las contramarchas en España y el ascenso y posterior caída de los nazis no pueden verse como una fatalidad histórica, sino como el resultado de grandes luchas de masas y de una pelea militante por la dirección política de los acontecimientos, que aquí buscamos desentrañar.

Introducción a una época

“Durante siete años los estadistas y las naciones del oeste no vieron lo que era obvio (...) desde 1932 a 1939, (...) como si estuvieran obrando bajo una maldición, las distintas naciones y los distintos partidos políticos (...) parecían colaborar para llevar a cabo la destrucción de Europa”. La frase pertenece a Arthur Koestler, escritor húngaro y militante del PC alemán (KPD), quien sería un observador “privilegiado” de los acontecimientos: logrará evitar su fusilamiento en España... para ser trasladado a un campo de concentración en Francia... desde donde también conseguirá escabullirse. “Los partidos socialistas y laboristas se perdían en retóricas acusaciones”, mientras que “los comunistas explotaban el movimiento antifascista para lograr sus propios fines y su actitud culminó en una traición”, explica Koestler y concluye: “parecía como si todos ellos fueran participantes de un secreto pacto suicida europeo” (Koestler, 1954: 203-210). La evocación es curiosa porque finalmente fue Koestler quien recurrió a un pacto suicida, junto a su esposa, varias décadas después de escribir estas líneas.

Las peripecias políticas y personales de los militantes de la época retratan las enormes dificultades con las que se topó el proceso revolucionario abierto por el octubre ruso, que había cobrado rápidamente un alcance internacional. Hacia 1919/20, en Italia emergen las huelgas, las ocupaciones y los consejos de fábricas, pero el llamado *biennio rosso* culminó con el ascenso de Mussolini. En Alemania, la “Revolución de Noviembre” de 1918 derroca al káiser pero dos meses más tarde Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht son asesinados tras la insurrección de Berlín, en manos del propio Partido Socialdemócrata. La clase obrera alemana se repondrá con tres nuevos intentos revolucionarios (1920, 1921 y 1923), que sin embargo terminarán en un fracaso redondo por las aventuras, vacilaciones y frenos que caracterizan al accionar del recientemente creado KPD y de la dirección de la Internacional Comunista, en manos de Zinoviev tras la grave enfermedad que aquejaba a Lenin en sus últimos años¹.

El proletariado insurgente debió hacer frente a la guerra civil contrarrevolucionaria que desató la burguesía mundial, cuando no a la propia traición de sus direcciones políticas socialistas y comunistas. El aislamiento de la Revolución Rusa favoreció su degeneración interna, con una reorientación de las tareas por parte de la camarilla que asume el control del Estado obrero tras el fallecimiento de Lenin. El envilecimiento burocrático del bolchevismo, como veremos a continuación, jugó un papel decisivo en la desarticulación del proletariado ante el ascenso del nazismo... y un rol sencillamente criminal contra los luchadores en España. Este derrotero de catástrofes políticas para la clase obrera, que partió aguas en la izquierda, fue anticipado y enfrentado en tiempo real por León Trotsky y la Oposición de Izquierda, aspecto que también recorreremos en este artículo. Se trata de una historia que marcó a fuego las trayectorias personales de los militantes de la época y que interpeló, muchas veces de forma dramática, sus fundamentos y prácticas políticas.

El primer viraje

Asediado por el poderío con que su propia política había dotado a los “kulaks” (campesinos acomodados) rusos, y por la liquidación a la que su propio seguidismo al nacionalismo de Chiang Kai-shek había conducido a los comunistas chinos (masacres de Shanghái y Cantón), en 1928 el estalinismo emprende el giro hacia el llamado “tercer período”. Este viraje puso en marcha la colectivización forzosa en la URSS, con millones de campesinos desplazados y un derrumbe de la producción que devino en hambruna

generalizada. A nivel internacional, implicó una estrategia “ultra” que aventuraba un ascenso lineal de la revolución (a contramano de las serias derrotas sufridas en Inglaterra y en China) y que pretendía asemejar a todas las fuerzas no comunistas con el fascismo; al tiempo, esta línea operaba como una pantalla para poner al Estado soviético bajo la égida de la GPU y acometer una escalada represiva contra la Oposición de Izquierda y las demás fracciones disidentes.

Expulsado del PCUS y de la Internacional Comunista, Trotsky es confinado durante un año a Kazajistán (Alma Ata) y luego exiliado a Turquía. Al apartar al constructor del Ejército Rojo, el *apparat* estalinista confiaba en aplacarlo políticamente a través de una rigurosa “cuarentena” geográfica. Todo lo contrario, los cuatro años que permaneció aislado en la isla de Prinkipo fueron los más prolíficos. Además de escribir sus principales obras literarias, “Mi vida” e “Historia de la Revolución Rusa”, Trotsky logró rearticular su labor militante manteniendo un análisis sistemático de los principales acontecimientos políticos, que se fueron trasladando a Alemania, y superando las dificultades para darle a la Oposición de Izquierda un alcance internacional.

La caracterización de un aparato

La crisis mundial de 1929 impactó fuertemente en Alemania, poniendo en jaque a la República de Weimar, el régimen que la socialdemocracia y la burguesía germana habían establecido tras estrangular a la Revolución del ‘18. Con millones de desocupados, quiebras en masa y una caída vertical de la producción, la autoridad del gobierno “socialista” se derrumbó. En las elecciones parlamentarias de 1930, la burocracia soviética celebró una “victoria comunista”, ya que el KPD había pasado de 3.3 millones de votos en 1928 a 4.6 millones. El rutilante festejo no tenía en cuenta un detalle: el partido nazi había pasado de 800 mil votos a... ¡6.4 millones! Si se sumaban los votos socialistas y comunistas, el apoyo a estos partidos era todavía superior a los nazis, pero la furiosa negativa de ambos a establecer un frente único impedía pasar de la aritmética a la realidad. Para el estalinismo, el “socialfascismo” (la socialdemocracia) era aún más peligrosa que el fascismo “original”, por su capacidad para engañar a los trabajadores.

Muy lejos de la victoria que se auto-adjudicaba la Comintern, Trotsky analiza que el dato de las elecciones era que “bajo el impacto de la crisis, la pequeñoburguesía no giró en la dirección de la revolución proletaria, sino en la dirección de la reacción imperialista más extrema” (Trotsky, 2013: 33). A pesar de estar a más de 2.200 km de Berlín, el revolucionario ruso percibe que este distanciamiento de la pequeñoburguesía respecto del comunismo se nutría del hecho de que, por detrás de los votos, existía una enorme desconfianza de la clase obrera misma respecto de la dirección del KPD. Este recelo se basaba en la experiencia recorrida desde el fracasado *putsch* de 1921 a las vacilaciones que llevaron a la derrota a la insurrección de 1923; de los sucesivos virajes de 180 grados impuestos desde Moscú a, nada menor, la degeneración burocrática del propio régimen interno del partido.

Otro síntoma de este fenómeno era que el crecimiento en votos del KPD no se traducían en una afluencia militante. Aún más, había un descenso en la participación de los militantes en las reuniones de célula. “La atmósfera artificial creada por un aparato vociferante, fanfarrón y que no soporta las objeciones se vuelve insostenible para los miembros normales del Partido” (Trotsky, 2013: 209). La perplejidad introducida en las filas del proletariado por estos malabarismos políticos estimulaba a los fascistas. Para Trotsky, modificar el régimen partidario era “un requisito previo, pero también una con-

secuencia del cambio de orientación” que presentaba como autosuficiente a un aparato inerte frente al ascenso fascista (Trotsky, 2013: 43).

Mimetización

La verbosidad furiosa del estalinismo se desarrollaba en simultáneo a una mimetización con los planteos nazis. Mientras proseguía la agitación contra el “socialfascismo”, el KPD comenzó a hablar de la necesidad de “liquidar el Tratado de Versalles”, de “revolución popular” y “liberación nacional”, en una aproximación al lenguaje y al programa nacionalsocialista. Esta adaptación al nacionalismo venía de tiempo atrás, cuando en 1925 Stalin anunció su “teoría del socialismo en un solo país”. A pesar de excusarse porque se anotició de los hechos relativamente tarde, Trotsky da un golpe certero a este rumbo cuando denuncia la decisión del KPD de participar en el referéndum organizado por Hitler en 1931 para derribar al gobierno socialdemócrata de Prusia (Trotsky, 2013: 56-76). En lugar de pertrechar las filas obreras contra el fascismo, el estalinismo colaboraba en los hechos con los nazis, contra la socialdemocracia.

En sus memorias, Jan Valtin, otro militante del KPD que como Koestler tenía los pies en el terreno, relata cómo esta política de unidad en las urnas y en las consignas era acompañada por sabotajes y atentados conjuntos de estalinistas y hitleristas contra las organizaciones sindicales dirigidas por socialistas. “Solamente en 1931 participé en docenas de tales empresas terroristas en colaboración y de acuerdo con los elementos nazis más bellacos” (1941: 196), se confiesa y aclara: “mis camaradas y yo seguimos en ello, sencillamente, rigurosos órdenes del partido” (1941: 199). A todo esto se refiere Koestler cuando habla de que “los distintos partidos políticos (...) parecían colaborar para llevar a cabo la destrucción de Europa” (Koestler, 1954: 204). Tras atravesar estas y otras experiencias, tanto Valtin como Koestler romperán con la burocracia soviética. Sus rupturas, no obstante, no serán hacia la Cuarta Internacional sino hacia el anti-comunismo, oponiendo al estalinismo la bandera de la “democracia” en abstracto (es decir, capitalista). Pero justamente por eso sus testimonios son tan valiosos, ya que validan las denuncias que realizó el trotskismo desde la militancia en el campo político rival.

La mimetización programática con el nacionalsocialismo mostraba la vacuidad ideológica de la burocracia que había usurpado el país de los soviets y la Internacional Comunista. A la luz de esta polémica, la política de la Oposición de Izquierda por el frente único contra el fascismo, por la unidad de las filas obreras, adquiriría una relevancia como táctica internacionalista, ya que implicaba un llamado a la clase obrera europea a agruparse en un campo político propio, en oposición al nacionalismo imperialista y su tendencia lógica a la guerra. Un reagrupamiento obrero de este calibre podía hacer tambalear, a su turno, la propia dominación de la burocracia sobre la URSS. En lugar de copiar el lema de Hitler y la gran burguesía alemana, “abajo el Tratado de Versalles”, el trotskismo recuperaba la consigna soviética “por los estados unidos socialistas de Europa”.

Mal menor

Para refutar la línea ultraizquierdista del estalinismo, Trotsky traerá a colación la experiencia rusa. Cuando en agosto de 1917 el general Kornilov se alza contra el gobierno provisional encabezado por Kerensky, los bolcheviques no dudaron en ponerse en pie de lucha para derrotar el golpe. El gobierno de Kerensky era el mismo que les había

impuesto la cárcel (en el caso de Trotsky) y el exilio (en el de Lenin). Pero los bolcheviques consideraron que una victoria de Kornilov significaba el aniquilamiento de la clase obrera revolucionaria y adoptaron como táctica el frente único contra el golpe, creando organizaciones de lucha comunes con los mencheviques y socialistas revolucionarios. Por el contrario, en Alemania, la Comintern insistía en que el frente único contra los nazis significaba apoyar al gobierno socialista, y denunciaba a la Oposición de Izquierda por “preferir” a dicho gobierno como “mal menor”.

La socialdemocracia y el fascismo son parte de un mismo sistema que necesita de todos sus elementos para funcionar, escribe Trotsky en su “Carta a un obrero comunista”, redactada a fines de 1931. Pero esto no significaba que, estando estos elementos momentáneamente en puja entre sí, los trabajadores no puedan intervenir en el conflicto en defensa de su propio interés. En términos más simples, “si uno de mis enemigos me envenena cada día con pequeñas dosis de veneno, y otro quiere darme un tiro por detrás, yo arrancaré primero el revólver de las manos del segundo, lo que me dará la posibilidad de terminar con el primero. Pero esto no significa que el veneno sea un ‘mal menor’ en comparación con el revólver” (Trotsky, 2013: 73). Cuando el estalinismo apoyaba, en cambio, el referéndum nazi, parecía indicar que para ellos el “mal menor” era el avance de Hitler.

Capitulación

Alemania se debatía en un derrumbe económico pavoroso, con millones de desocupados y comerciantes arruinados, y una sucesión de gobiernos de características bonapartistas, cada vez más inclinados hacia una dictadura policíaca-militar (Brüning, Papen, Schleicher). La gran burguesía había ido desplazando del poder a la socialdemocracia, cuyos servicios había aprovechado para ahogar los levantamientos el período 1918-23 pero que ya no brindaba seguridades frente al descalabro económico y social. La variante de Hitler, rechazada en 1923, cuando es llevado a la cárcel tras el fallido golpe de Munich, diez años más tarde comienza a ganar peso en un sector de industriales y financistas que apuestan al rearme y a la guerra.

Mientras la socialdemocracia brindaba su apoyo y sus votos a los gobiernos bonapartistas, el KPD los caracterizaba lisa y llanamente como “fascistas” (por ejercer determinadas acciones represivas contra los obreros). Si estos gobiernos ya eran fascistas, señala Trotsky, entonces el ascenso de Hitler no representaba un cambio o peligro especial. Colocar un signo de igualdad entre ellos “es identificar la situación anterior al combate con la situación posterior a la derrota; esto significa admitir la derrota de antemano, lo que significa hacer un llamamiento a capitular sin lucha”, razona (Trotsky, 2013: 124). La conclusión del aparato comunista era que “primero” había que derrotar a la socialdemocracia para “después” ajustar cuentas con el fascismo. Es decir, una pasiva capitulación frente a los nazis.

En realidad, la dirección del KPD consideraba la victoria de Hitler como un hecho inevitable, incluso al punto de fantasear con que su victoria implicaría su rápido agotamiento y un “despertar obrero” que aceleraría la llegada del comunismo al poder. “Cierta día pregunté a Ernst Thaelmann [principal líder del KPD]: ¿qué ocurrirá si Adolf Hiltler conquista el poder?”, relata Valtin. “Déjalo no más -contestó-. No lo tendrá por mucho tiempo. Los obreros se levantarán. Habrá guerra civil” (Valtin, 1969: 272). Al poco tiempo, en diálogo con Ernst Wollweber, otro jerarca del KPD, éste le dice: “tenemos que dejar la iniciativa a Hitler. Va a hacer disparates y las masas van a despertar”

(Valtin, 1969: 310). Trotsky escribirá que el estalinismo se confesaba incapaz de unir y movilizar al proletariado, por lo que le encargaba esa tarea... a Hitler (Trotsky, 2013: 136). La idea estaba clara, pero la historia se encargó de demostrar lo serio de estas equivocaciones, en particular para los militantes que fueron arrastrados por ellas.

Desenlace

En enero de 1933, el presidente Hindenburg, ungido por los votos socialistas, finalmente convocó a Hitler a la cancillería. En un primer momento, fue acompañado por el primer ministro Hugenberg, un representante de los propietarios agrarios e industriales, responsable de mantener a las bandas fascistas bajo control. Luego Hitler se encargaría de deshacerse de todas estas limitaciones. Sin respuestas en el KPD, en febrero de 1933 Trotsky retoma la correspondencia y escribe una "Carta a un obrero socialdemócrata". Allí plantea la necesidad de poner fin a la retirada desordenada y afirma que todavía no es demasiado tarde para modificar la relación de fuerzas en favor del proletariado. El objetivo era interpelar a la militancia alemana, en la esperanza de que un conflicto cognitivo en su seno diera lugar a un cambio de rumbo.

En condiciones extremas, ya con el fascismo en el poder, la función del frente único apuntaba a defender los núcleos de democracia obrera surgidos en el marco de la democracia burguesa, y en la lucha contra ella: los partidos políticos, periódicos, sindicatos, comités de fábrica, imprentas, clubes, bibliotecas, etc. El objetivo número uno de los nazis era forzar a la clase obrera a la atomización, destruyendo su capacidad de acción política: por eso comenzó por el copamiento de los comités obreros en las fábricas. Cuando con el correr de las semanas la dirigencia socialdemócrata se pasó al colaboracionismo abierto con Hitler, Trotsky retiró la consigna del frente único, a la que consideró ya carente de sentido.

"En la noche del incendio del Reichstag, cuando Göring asestó un golpe mortal al Partido Comunista alemán, los grupos se dispersaron y toda aquella estructura tan elaborada se disolvió en el Reich" (Koestler, 1954: 21). Tras el incendio, Hitler se lanzó a la caza de los militantes y obreros comunistas, sin encontrar capacidad de resistencia alguna. El KPD, que había previsto un "despertar" de las masas tras los ataques del nazismo, fue incapaz de articular un pasaje al trabajo ilegal, dejando expuesta y desprotegida a su militancia. "De la noche a la mañana, el Partido Comunista tomó el aspecto de un hormiguero destruido por repentinos golpes de un terrible martillo" (Valtin, 1969: 311). Los cálculos de la Oposición de Izquierda se basaban en que, bajo la presión de las masas, los luchadores que militaban en el KPD serían capaces de cambiar oportunamente su política. Pero agobiado por la traición y el sabotaje de sus direcciones, el proletariado alemán pierde la fe en sí mismo y sucumbe sin dar pelea. Tras la capitulación del estalinismo frente a los nazis, Trotsky convoca a formar un nuevo partido.

Este desenlace implicó la cárcel y la tortura para miles de activistas políticos. Valtin tiene en este derrotero un punto en común con Leopold Trepper, el organizador de la red de espionaje "Orquesta Roja", a quien nos referiremos más adelante. Los dos fueron cazados por esbirros de la Gestapo pero ambos se las ingenieron para tejer un intrincado entramado de simulaciones, a través de las cuales lograrían hacerles creer a sus verdugos de su voluntad de colaborar con ellos como contra-agentes de inteligencia. Valtin y Trepper se aventurarán en esta empresa riesgósima y sobrevivirán para contarlo. Toda militancia implica una conspiración, pero ellos, al igual que Koestler y buena parte de su generación, asumirán al espionaje político como parte inescindible de su actividad

en el partido. Una tarea que los llevará a adentrarse en las fauces del nazismo.

España: “segunda vuelta” y un nuevo viraje

En los años posteriores, la guerra civil española volvió a presentar el escenario de una confrontación histórica con el fascismo. La contienda atrajo a jóvenes militantes de todo el mundo, que buscaban revancha tras la derrota en Alemania y se alistaron para pelear en las filas republicanas. Mientras Mussolini y Hitler alentaron con todos los medios a su alcance a Franco, las potencias aliadas bajo la bandera de la “democracia” declaraban su prescindencia. Hundido el “tercer período” en las mazmorras del Reich, el estalinismo dio una nueva voltereta en redondo y pasó a encolumnarse detrás de la política del “frente popular”, que significaba no ya un frente único de la clase obrera para luchar contra los fascistas, sino una alianza política con la burguesía pretendidamente “democrática”. En los hechos, implicó en España un vasto operativo para frenar el reparto de la tierra, disolver las milicias armadas y estrangular a las organizaciones revolucionarias independientes que estaban al frente de la pelea contra el franquismo.

También en España el carácter criminal de esta política contrarrevolucionaria fue denunciado por personas “insospechables” de trotskismo. Es el caso del escritor estadounidense Ernest Hemingway, que ya venía retratando las tragedias de su época y su generación (y las suyas propias) desde “Adiós a las armas”. Hemingway no era militante pero su afinidad con el comunismo le valió la persecución del FBI, uno de los factores que lo atormentaría hasta llevarlo al suicidio. En su recorrido por la guerra civil española entró en conflicto con su colega John Dos Passos, al negarse a condenar el crimen del profesor republicano José Robles en manos de agentes del Kremlin. Sin embargo, en su célebre novela “Por quién doblan las campanas”, no dejó de evidenciar los asesinatos de militantes trotskistas y anarquistas por parte de los enviados de Stalin. En uno de sus diálogos, un oficial que lee un periódico le dice al otro: “Hay aquí un artículo sobre las purgas de tus famosos rusos. Están purgando más que el aceite ricino en estos tiempos” (Hemingway, 1982: 349). La obra retrata a los luchadores como víctimas de una dirección desquiciada e indolente, integrada entre otros por André Marty, un personaje real conocido como “el carnicero de Albacete”, que se instaló en España como comisario del PC francés para pronto dedicarse a “la manía de fusilar gente (...) pero no mata fascistas (...) mata a bichos raros. Trotskistas, desviacionistas, toda clase de bichos raros” (Hemingway, 1982: 365).

Quien sufrió esta política en carne propia fue el escritor inglés George Orwell, éste sí involucrado de forma militante en el trotskismo, quien se alistó como miliciano internacionalista para luchar en las filas del POUM. En su “Homenaje a Cataluña”, Orwell escribe que “el verdadero opositor a Franco no fue tanto el gobierno (republicano)”, sino un “estallido revolucionario” protagonizado por la clase trabajadora; y que “el Partido Comunista, respaldado por la Rusia Soviética, lanzó su máxima energía contra la revolución”. A pesar de admitir que la política no era su fuerte, Orwell se detiene a analizar la política del estalinismo en España. Apunta que el lema del PC era “la guerra primero y la revolución después”, pero “lo que se proponían no era postergar la revolución española, sino asegurarse que nunca tuviera lugar. Con el correr del tiempo esto se tornó cada vez más evidente, a medida que el poder fue siendo arrancado de las manos de la clase trabajadora y que se fue encarcelando a un número siempre creciente de revolucionarios de distintas tendencias” (Orwell, 1974: 61-82).

El levantamiento de Cataluña, en mayo de 1937, constituyó la mayor tentativa de la clase obrera española para poner fin a la política contrarrevolucionaria del estalinismo; una guerra civil, sí, pero al interior del bando republicano. Orwell, que puso el cuerpo en esos sucesos, denuncia que “los dirigentes oficiales de la CNT (la central obrera anarquista), por varias razones, quisieron evitar el conflicto” y que “la actitud de los dirigentes del POUM fue vacilante (...) el único volante que llegó a mí durante la lucha fue el distribuido por el pequeño grupo trotskista (‘Bolcheviques-Leninistas’)” (Orwell, 1974: 153). Tanto el anarquismo como el POUM habían ingresado al gobierno del frente popular. Orwell no deja de mencionar que el gobierno inglés, “que no había movido un dedo para defender al gobierno español contra Franco”, movilizó a su flota a Barcelona para “salvarlo de su propia clase obrera” (Orwell, 1974: 177).

En su balance de estos hechos, escrito ya desde Coyoacán, en México, Trotsky coincide con esta apreciación y destaca que “los obreros de Cataluña se levantaron, no solo sin su dirección, sino contra ella” (Trotsky, 1975: 34). Para el revolucionario ruso, “las masas, que trataron en todo momento de abrirse por el buen camino, encontraron que era superior a sus fuerzas estructurar, en el mismo fragor de la batalla, una nueva dirección que corresponda a las exigencias de la revolución” (Trotsky, 1975: 53). El fracaso del proletariado catalán puso fin a las aventuras de Orwell en España: “No importaba qué hubiera hecho; no era una redada corriente, sino el reinado del terror. Yo no era culpable de ningún acto definido, pero sí de ‘trotskismo’”, se lamenta (Orwell, 1974: 204). El retroceso en Barcelona sentenció el destino de la guerra civil. La victoria del estalinismo fue la derrota de la revolución española. Con la llegada de Franco al poder, ya estaba dispuesto el escenario para la Segunda Guerra Mundial.

La derrota nazi

Las victorias de Franco potenciaron la embestida bélica del fascismo. Hitler decide avanzar sobre Checoslovaquia logrando el aval de Inglaterra y Francia, que esperaban que los nazis se dirigieran hacia el este, haciendo el “trabajo sucio” de terminar con la URSS. Desde México, en septiembre de 1938, Trotsky advirtió: “después del colapso de Checoslovaquia Stalin buscará un acuerdo con Hitler” (Trotsky, 2001: 18). Bajo la conmoción de propios y extraños, el pacto se sellaría once meses más tarde. Trepper, a quien ya mencionamos más arriba, transcribe en sus memorias el brindis que Stalin ofreció para la ocasión: “Sé muy bien hasta qué punto la nación alemana ama a su fñhrer. Por eso tengo el placer de beber a su salud” (Trepper, 1977: 113). Después de cansarse de acusar a todo el mundo de “fascista”, la palabra paso a estar proscrita en el vocabulario de Moscú. Hitler aprovechó el acuerdo para arremeter sobre Francia; Stalin para liquidar al comunismo polaco y proseguir tu tarea de demolición del Ejército Rojo, a cuyos mejores cuadros venía asesinando desde las grandes purgas del ‘37.

En estas circunstancias, y como ya está largamente documentado, la elite estalinista descartó todos los preavisos y dejó a la URSS indefensa frente a la posterior ofensiva que terminaría desatando el nazismo. Koestler relata que “aún después de que se hubo revelado la fecha del ataque alemán a Rusia con una anticipación de alrededor de dos semanas, y que los hechos demostraran que la información era correcta, Moscú se rehusó a aceptar aquellas fuentes” (Koestler, 1954: 335). Trepper añade que “durante las primeras horas de la ofensiva alemana, despreciando todas las evidencias y porque sigue creyendo en una provocación, Stalin prohíbe que se replique el ataque” (Trepper, 1977: 138), un error que “costará a Rusia varios millones de muertos” (Trepper, 1977: 142). El

historiador, y también militante trotskista, Pierre Broué afirma que Stalin se encontraba “desmoralizado tras las primeras derrotas, interrumpiendo por completo su actividad durante varias semanas” (Broué, 2007: 495).

Para enfrentar la embestida, el Ejército Rojo debió buscar jefes, técnicos y combatientes en sus cárceles y campos de concentración. En 1941, bajo el desconcierto del aparato soviético, la formación de milicias populares –integradas mayoritariamente por mujeres-, de grupos partisanos y la movilización de los campesinos serían decisivas para detener a Hitler. “Todo transcurre como si, a diferentes niveles pero de una forma generalizada, el partido, a la hora de la verdad, demostrase no ser más que un caparazón vacío. La resistencia real le es ajena tanto en las regiones amenazadas como en las perdidas” (Broué, 2007: 505). Para impulsar, en cambio, la arremetida desde abajo contra el fascismo, jugaron un papel clave las conquistas populares todavía vigentes de la Revolución de Octubre, como el reparto de la tierra, que estaban amenazadas por el avance alemán. Al calor de esta batalla, se fueron horadando las jerarquías y flexibilizando las estructuras del partido ruso (Broué, 2007: 505-513).

La consigna del frente único contra los nazis, lanzada oportunamente desde la isla de Prinkipo, cobró materialidad en la lucha de obreros y campesinos rusos que, a pesar de Stalin, lograron derrotar a Hitler. El aporte del estalinismo consistió, por el contrario, en imprimirle a la resistencia rusa el manto ideológico de una “gran guerra patriótica”, quitándole del escenario internacional de la lucha de clases entre la revolución y la contrarrevolución que había abierto la propia experiencia de Octubre del '17 (Broué, 2007: 513-520). Con este programa conservador, el aparato moscovita disolvió la Internacional Comunista en 1943, a pedido de la diplomacia norteamericana, y envió a Palmiro Togliatti a contener la situación revolucionaria creada en Italia (el llamado “giro de Salerno”) y en otras partes de Europa por la caída del nazismo en manos de partisanos armados.

Héroes de la lucha contra los nazis, como Trepper, atravesaron una larga década de posguerra en las cárceles soviéticas, con la cual el régimen estalinista buscó borrar las huellas de sus negligencias y traiciones. Quienes intentaron escapar a ese destino, como el jefe de la red de contraespionaje suiza, Alexander Radó, fueron cazados y sometidos a trabajos forzados (Koestler, 1954: 329-339). Además de su militancia comunista y sus denuncias al estalinismo, Trepper y Koestler comparten el haberse iniciado en política de la mano de organizaciones sionistas. Como muchos de su generación, viajaron en su temprana juventud a Palestina para trabajar en la “tierra prometida”, experiencia de la cual volvieron convencidos de que la cuestión judía solo podía resolverse a través de una revolución socialista mundial. La historia confrontó a Trepper con sus definiciones políticas: hasta sus últimos días, peleó contra el antisemitismo de la burocracia soviética y de sus representantes en Polonia, que se perpetuó hasta mucho después de la derrota de los nazis.

Epílogo

El revulsivo creado por la caída del fascismo en Europa fue contenido por la burocracia estalinista, que emergió de la segunda guerra como un poderoso factor de estabilización para el capitalismo. Esto es omitido por Koestler ya que si es verdad, como ya citamos, que “los distintos partidos políticos (...) parecían colaborar para llevar a cabo la destrucción de Europa” (Koestler, 1954: 204), no es menos cierto que luego se apoyaron mutuamente para que la reconstrucción del continente se realizara en los marcos

sociales del capital. Parecía quedar desmentida la preocupación del embajador francés Coulondre, quien le había sugerido a Hitler que si declaraba la guerra el verdadero vencedor sería “Monsieur Trotsky”; es decir que, como había ocurrido con la Revolución Rusa, una nueva guerra sería el prelude de la revolución mundial. Para prevenirse de estos desenlaces, Roosevelt, Churchill y Stalin acordaron la creación de un sistema de reparto de influencias y de “policía mundial”. Al poco tiempo se toparán, sin embargo, con nuevas noticias revolucionarias que llegarán, esta vez, desde China.

Como escribió el perseguido militante ruso, “las leyes de la historia son más poderosas que los aparatos burocráticos” (Trotsky, 1977: 33).

La relevancia de esta lucha política que reseñamos en este artículo entre el estalinismo y el trotskismo en torno a la estrategia a adoptar frente a los nazis, podría resumirse en esta reflexión que realiza Trepper a partir de su experiencia militante: “Pero, ¿quién protestó en aquella época? ¿Quién se levantó para gritar su hastío? Los trotskistas pueden reivindicar este honor (...) En los campos de concentración su conducta fue siempre digna e incluso ejemplar (...). Que no olviden, sin embargo, que poseían sobre nosotros la inmensa ventaja de disponer de un sistema político coherente, susceptible de sustituir al estalinismo, y al que podían agarrarse en medio de la profunda miseria de la revolución traicionada. Los trotskistas no ‘confesaban’, porque sabían que sus confesiones no servirían ni al partido ni al socialismo” (Trepper, 1977: 68).

El programa político es una brújula preciosa cuando los militantes se enfrentan a las tempestades de la historia.

Notas

¹ El crecimiento de los consejos de fábrica, durante el *biennio rosso* italiano, fue desestimado políticamente por el Partido Socialista Italiano (PSI), que se desentendió de sus responsabilidades dejando sin perspectivas al movimiento. Esto fue criticado por Antonio Gramsci, involucrado la organización de la huelga general y los consejos de fábrica en la región del Piamonte y partidario de la salida del PSI de la II Internacional y su incorporación a la Internacional Comunista conducida por Lenin y Trotsky. Se puede leer más sobre este proceso en Guerrero, Alejandro (2009) “La «creación heroica» de José Carlos Mariátegui”, en *En Defensa del Marxismo*, Año XVII, No. 36 (noviembre).

² Sobre este proceso se puede leer más en el apartado “¿Quién dirige hoy la Internacional Comunista?”, en Trotsky, León (2012) *Stalin, el gran organizador de derrotas: la III Internacional después de Lenin*, Buenos Aires: IPS. Allí se cita una carta de Stalin del 7 de agosto de 1923 donde, a propósito de la insurrección alemana que se avecinaba, escribe: “Si hoy, en Alemania, el poder, por así decirlo, cayera y los comunistas se apoderasen de él, fracasarían con grandes pérdidas (...) En mi opinión, se debe contener a los alemanes en vez de estimularlos” (Trotsky, 2012: 309). Para un balance del fracaso del octubre alemán de 1923, puede leerse el apartado “Los acontecimientos de 1923 y las *Lecciones de Octubre*” en el mismo libro (Trotsky, 2012: 142-147).

Bibliografía

- Broué, Pierre (2007) *El Partido Bolchevique*, Buenos Aires: Alternativa.
- Guerrero, Alejandro (2009) “La «creación heroica» de José Carlos Mariátegui”, en *En Defensa del Marxismo*, Año XVII, No. 36 (noviembre).
- Hemingway, Ernest (1982) *Por quién doblan las campanas*, Barcelona: Planeta.
- Koestler, Arthur (2000) *Autobiografía Vol. I: Flecha en el azul*, Madrid: Debate.
- Koestler, Arthur (2000) *Autobiografía Vol. II: La escritura invisible*, Madrid: Debate.
- Orwell, George (1974) *Homenaje a Cataluña*, Buenos Aires: Reconstruir.
- Trepper, Leopold (1977) *El gran juego*, Barcelona: Ariel.
- Trotsky, León (1975) *Bolchevismo y stalinismo*, Buenos Aires: El Yunque.
- Trotsky, León (1977) *El programa de transición para la revolución socialista*, Barcelona: Fontamara.
- Trotsky, León (2001) *Escritos 1929-1940. Tomo VI*, Buenos Aires: CEIP.
- Trotsky, León (2012) *Stalin, el gran organizador de derrotas: la III Internacional después de Lenin*, Buenos Aires: IPS.
- Trotsky, León (2013) *La lucha contra el fascismo en Alemania*, Buenos Aires: Ediciones IPS.
- Valtin, Jan (1969) *La noche quedó atrás*, Buenos Aires: Claridad.